

— I R E N E A D L E R —

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EL TRÍO *de la* DAMA NEGRA

SAINT-MALO

1870



DESTINO

Irene Adler

El trío de la Dama Negra

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro son propiedad y licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2022

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *Il trio della Dama Nera*

© de la traducción: Miguel García, 2012

© 2011 Atlantyca S.p.A., Italia

© 2012-2022 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Un proyecto de Pierdomenico Baccalario

Texto de Alessandro Gatti

Ilustraciones de Iacopo Bruno

Edición original publicada por Piemme para Mondadori Libri S.p.A.

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Corso Magenta 60/62

20123 Milán, Italia

foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: octubre de 2012

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26255-8

Depósito legal: B. 12.630-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



TRES AMIGOS



Creo que nadie me llamará mentirosa si digo que fui la primera y única amiga de Sherlock Holmes, el famoso investigador. Cuando nos conocimos, sin embargo, él todavía no era investigador, y mucho menos famoso. Yo tenía doce años y él era poco mayor que yo.

Era verano. Julio, para ser exactos. El 6 de julio.

Aún recuerdo perfectamente el momento en que lo

vi por primera vez. Estaba sentado en el ángulo que formaban las paredes de piedra de un baluarte, en lo más alto de la muralla, con la espalda apoyada en la hiedra. Por detrás de él sólo había mar, una superficie oscura y agitada. Y estaban las gaviotas, que volaban en el cielo trazando lentas espirales.

Mi amigo apoyaba la barbilla en las rodillas juntas y estaba absorto, con cara casi de enfado, en el libro que leía, como si de aquella lectura dependiese algo importantísimo para el mundo entero.

No creo que se hubiese dado cuenta de mi presencia ni que nunca nos hubiésemos conocido si a mí no me hubiera picado la curiosidad tanta, y tan furiosa, concentración y no hubiera ido a molestarlo.

Puesto que yo acababa de llegar a Saint-Malo, le pregunté si él, en cambio, vivía allí.

—No —me contestó sin despegar los ojos del libro siquiera—. Vivo en la rue Saint-Saveur número 49.

«¡Vaya sentido del humor! —pensé. ¡Por supuesto que no vivía allí, en un baluarte cortado a pico sobre el mar! De todos modos, dije para mí—: *Touchée.*»

Y supe que entre nosotros había empezado un desafío.

Yo era forastera. Acababa de llegar a Saint-Malo tras un larguísimo viaje en coche de caballos desde París. Estábamos de vacaciones, y la idea de pasarlas enteras en Saint-Malo había sido de mi madre.

Yo no estaba contenta, ¡estaba entusiasmada! Hasta entonces había visto el mar pocas veces: en las escasas ocasiones en que había acompañado a mi padre a Calais, donde se había embarcado para Inglaterra, y una vez en San Remo, Italia. Decían que era demasiado pequeña para recordarlo, pero sí que me acordaba de aquel mar. De verdad que me acordaba.

Tener que pasar todo el verano de 1870 en una localidad de veraneo a orillas del mar me había parecido, pues, magnífico. E iba a seguir el consejo de mi padre, que siempre decía: «Quedaos un poco más, si queréis. ¡No tenéis ninguna obligación de volver a París!». Pero lo cierto es que mi madre prefería vivir en la gran ciudad. Y que yo, después del verano, debía volver al colegio... Pero no tras aquel verano precisamente. El verano que cambió totalmente mi vida. Totalmente.

El viaje había sido horrible. La culpa, desde luego, no había sido del carruaje, que mi padre había alquilado sin reparar en gastos, como por lo demás hacía siempre cuando se trataba de nuestro bienestar, mío o de mi madre. Era un carruaje digno de un rey: cuatro caballos negros, cochero con sombrero de copa y asientos cubiertos de cojines de seda china.

Pero las seis horas de viaje bajo la atenta mirada de mi madre y del señor Nelson se me habían hecho realmente eternas.

El señor Nelson, Horace, era el mayordomo de color de los Adler. Era muy alto y taciturno, y estaba muy preocupado por todo lo que yo pudiera hacer. La mayor parte de la servidumbre de casa había viajado la semana anterior para preparar la que sería nuestra residencia durante las vacaciones; el señor Nelson había sido el único en quedarse con nosotras.

No me quitaba los ojos de encima. Y siempre que podía, me decía: «Tal vez no sea conveniente, señorita Irene».

«Tal vez no sea conveniente.» Siempre me decía eso. Puede que aquél fuera el motivo por el que, en la

primera ocasión, me escabullí y subí por el ventoso camino que llevaba a las fortificaciones de Saint-Malo.

Nuestra casa para las vacaciones era un pequeño chalé de dos plantas. Pequeño pero muy bonito, con un gran tragaluz en el techo y ventanas de esas que los ingleses llaman *bay-windows*, «ventanas en curva», y que yo, de pequeña, llamaba «ventanas panzudas».

Había una pérgola de glicinias y la hiedra trepadora era tan abundante que cubría la fachada. Mi madre dijo: «Oh, cielos, estará siempre llena de bichos», y yo tardé bastante en comprender lo que quería decir.

Lo hice días después, cuando dejé abiertas las ventanas de mi habitación y a la mañana siguiente encontré una culebra arrastrándose por el suelo.

—Tal vez no sea conveniente, señorita, dejar las ventanas abiertas por la noche —dijo severamente el señor Nelson al entrar en la habitación.

Luego cogió el atizador de la chimenea y yo grité:
—¡Ni se le ocurra, señor Horace Nelson!

Entonces él suspiró, soltó el atizador, agarró la culebra por la cola y dijo:

—Permítame, al menos, devolver a su huésped al jardín.

Nelson era un hombre adusto, pero sabía hacerme reír de vez en cuando.

En cuanto salió de la habitación con mi serpenteante «huésped», la puerta del armario se abrió de golpe y asomó el rostro afilado de un chico.

Mi segundo gran amigo de aquel largo verano.

Su nombre era Arsène Lupin, el del famoso caballero ladrón. Sólo que, en aquellos lejanos días, todavía no había comenzado su fulgurante carrera como ladrón internacional. Y tampoco era un caballero, dado que sólo tenía un par de años más que yo y alguno menos que Sherlock Holmes.

Pero, como fácilmente imaginaréis ahora que sabéis el nombre de mis amigos, aquel verano sucedieron muchas cosas que merece la pena recordar.

Lo mejor, por tanto, es que empiece por el principio.